

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

21 Ideología del golpe de 1955 (II)



LA RENTABILIDAD DE LOS EMPRESARIOS

Si bien es cierto que el *Plan Económico de 1952* que impulsó el peronismo apelaba al esfuerzo obrero, no se rehuía el sistema económico de dirigismo estatal keynesiano en que se basaba desde sus orígenes el movimiento. Además, el esfuerzo era para todos. Si había que comer pan negro, lo comían todos. Si había escasez, la sufrían todos. Evita, por ejemplo, toma la difusión del Plan como una tarea militante. Pese a que su mito de jacobina pareciera impedir visualizarla en esta tarea, la encarnó con fervor. El Plan lo lanza Perón el 18 de febrero de 1952 en un su célebre discurso sobre los precios de la cosecha. Eva, por su parte, como Presidenta del Partido Peronista Femenino, reúne a las mujeres y les entrega las siguientes orientaciones militantes: “1) Cada mujer peronista será en el seno de su hogar centinela vigilante de la austeridad, evitando el derroche, disminuyendo el consumo e incrementando la producción; 2) Las mujeres peronistas vigilarán en el puesto o tarea que desempeñen fuera de su hogar el fiel cumplimiento de las directivas generales del plan del General Perón; 3) Cada mujer peronista vigilará atentamente en sus compras el cumplimiento exacto de los precios que se fijan; 4) Todas las unidades básicas femeninas realizarán permanentemente, durante los meses de marzo y abril, reuniones de estudio y difusión del Plan económico del General Perón y las unidades básicas deberán informar a la Presidencia del Partido acerca de la labor cumplida y de los resultados obtenidos. Eva Perón, Presidenta del Partido Peronista Femenino” (*Habla Eva Perón*, publicación del Partido Peronista Femenino, febrero de 1952, pp. 5-7).

¿Por qué hoy es imposible una medida de este tipo? Porque no hay formación de cuadros. Porque el peronismo que encarna Cristina F, que no exhibe símbolos del pasado, ni retratos de Perón ni de Eva ni menos aún el Escudo Peronista, que no canta la Marcha sino el Himno Nacional, que trata de mostrarse como lo que desea encarnar: un peronismo nuevo, con un giro, si es posible, hacia una moderna democracia de centroizquierda, carece, sin embargo, de cuadros que recorran los supermercados con el escándalo consiguiente que los medios, en manos de adversarios que ellos armaron cediéndoselos, harían en favor, por supuesto, de los propietarios, porque, lo acepten o no, para ellos trabajan. Pero esas mujeres a las que Evita podía todavía decirles: “Cuiden lo suyo. Vigilen los precios. Vayan ustedes mismas y no dejen que las estafen”, hoy serían consideradas cuadros de la anarquía, de la subversión, de la violación a la propiedad privada. Y no sólo por las patronales más poderosas, sino por las clases medias que tienen tal desorientación, como tantas veces ha ocurrido, que juegan a favor del poder financiero del establishment. Esas clases medias, en lugar de velar por sus intereses, prefieren odiar a la Presidenta, con insultos tomados del arsenal de los machos de la Argentina. Arsenal, por otra parte, infinito. No es un signo de los tiempos. Es una realidad de la Argentina. Tenemos una clase media que va exactamente en un rumbo contrario a sus intereses, de cola de la oligarquía y que, como siempre, se verá impiadosamente despojada cuando la venda caiga de sus ojos y vea que la prédica que va desde el lenguaje vulgar y cascado de Chiche Gelblung hasta las plumas elegantes de *La Nación* apuntaban a una misma finalidad: liquidar a un gobierno intervencionista, estatal y tibiamente popular (lo que es algo o tal vez mucho) y reemplazarlo por el viejo neoliberalismo de los noventa. Hay esa lucha. No hay que negarla. O el Estado keynesiano, intervencionista y tibiamente distributivo del gobierno de Cristina F o el retorno a la economía de exclusión, de concentración extrema de la riqueza que se explotó durante la década de los noventa. Más alineamiento con Estados Unidos, respaldo abierto a la Guerra de Irak, muerte del Mercosur e imposición del ALCA, posible rompimiento de las relaciones con Chávez, apoyo al Plan Colombia. Pero pareciera que la clase media ignora esto. Que le han metido demasiadas cosas en la cabeza y —como suele ocurrir— se las ha creído: ahora parece que Cristina F “irrita” a todo el mundo. Es la última novedad. Lo que “irrita” es un proyecto político que da primacía a la unidad de los “populismos” latinoamericanos. Un proyecto que apoya el Mercosur. Un proyecto que habla de redistribución del ingreso. Y una presidenta que, en su discurso inaugural, dijo que no se iba a transformar en “gendarme de la rentabilidad de los empresarios”.

NO HAY NARRACION INOCENTE DE LA HISTORIA

Vamos a estudiar con cierta extensión la Libertadora porque en ella está todo lo que vendrá después, incluso el presente de la Argentina de esta primera década del siglo. En esta temporalidad se escribe este texto, si sirve para ir más allá de ella no podemos saberlo. Pero, al menos, tiene que servir para ahora. No leemos el pasado para fortalecer o debilitar líneas en el presente. No podemos proponernos algo que —nos lo proponamos o no— sucederá de todos modos. Eso es *inevitable*. La asepsia de los historiadores profesionales es imposible. Además, no

puede existir la figura del historiador que sólo estudia el pasado y lo estudia con un distanciamiento que le permite contarlos desde los hechos y tal como fue. *No hay una narración inocente de la historia*. Ignoro si Halperin Donghi considera que *Argentina en el callejón* es un libro de historia o una mera colección de recuerdos de un señor de cierta edad. Pero si lo tomo como un texto de narración de la historia, no puedo ignorar que la ausencia en él de un acontecimiento como los fusilamientos y los asesinatos de José León Suárez (“El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso”) es una ausencia determinada por la ideología del historiador. Esa ideología le ha obliterado la visión de un hecho. O lo ha borrado inconscientemente o no le ha dado importancia, o decidió que no convenía para sus propósitos *pedagógicos* o para sus compromisos e intereses de clase. Preferiría que ciertos historiadores dijeran: “Escribimos sobre el pasado condicionados por nuestro presente, por nuestra propia historia, por nuestra ideología, por nuestros intereses y hasta por nuestro inconsciente”. Hay personas, por ejemplo, que le dicen a uno: “Yo soy antiperonista porque a mi viejo la ley de alquileres de Perón lo arruinó”. O “yo soy peronista porque Evita nos dio la primera casa que tuvimos”. Pero sucede que una *elección política que va a formar parte de nuestra conducta en tanto individuos históricos* no debiera definirse a partir de un *hecho* del pasado, me haya pasado a mí o a mi viejo o a mi mejor amigo o al perro de la familia.

Nada es. *Todo es interpretable*. La nuestra es una interpretación. Hay y habrá otras. La Libertadora, precisamente, al producir un hecho de poder produjo también su visión de la realidad. La impuso en ella. El 16 de septiembre de 1955 ganaron una batalla y el derecho de imponer su verdad como la verdad. Eso es lo que hace el *poder*. *El poder es aquello que permite a un grupo o fracción o incluso a una nación entera (si se trata de una guerra) imponer su verdad como verdad para todos. Y hasta, si es necesario, matar desde esa verdad a los que la niegan*. En José León Suárez, en sus basurales, la Libertadora, fusilando, lo hizo en nombre de la verdad. Los muertos eran el *error*. Y hay algo muy poderoso en esta afirmación, algo que requiere y deberá ser pensado una y otra vez: *los muertos no tienen razón*. No la tienen porque los hombres consideran que la *verdad* es un fruto de la *razón*. El que muere, el que es baleado en un basural, es el *error mismo*. Al día siguiente, la noticia será dada o (algo mucho más probable) será escamoteada al conocimiento de la sociedad por los triunfadores, que harán con la verdad lo que se les antoje. En este caso, negarla, esconderla, no decirla. Esconder la verdad es un atributo de los triunfadores. Escondo la verdad del Otro. Negar al Otro (matarlo) es quitarle la posibilidad de todo enunciado. Al no poder enunciar su verdad, el Otro, por estar muerto, no tiene verdad. No tiene nada. Sólo yace en un basural. Los asesinados del 9 de junio de 1955 en José León Suárez nada podían enunciar. La primera enunciación de *esa* verdad es tan clandestina como el hecho que la produjo: son las notas de Rodolfo Walsh que darán cuerpo a *Operación Masacre*. Que saldrá, de todos modos, en medio de un silenciamiento tan enorme del *poder* que apenas si iniciará el largo camino de construir la verdad acerca de esos hechos.

PROYECTO ECONOMICO DE LA LIBERTADORA

Voy a entrar a analizar el *proyecto económico* de la Libertadora. Y —según es ya una costumbre que no puedo evitar— pasaré a enunciar hacia dónde se dirige ese análisis. Y también: qué relación tiene con el presente argentino. *La Revolución Libertadora fue hecha por la Marina (en primer término) y por el Ejército en beneficio de la oligarquía agrícola-ganadera*. Fue un golpe de lo que hoy tan obstinadamente se llama “el campo” contra un gobierno que, como el de Cristina F, maneja un concepto intervencionista de la economía vehiculizado desde el poder estatal. Simplificando, para decirlo con brutal precisión, descarnadamente, pero con todos los elementos necesarios como para fundamentarlo, enunciamos que el golpe de 1955 fue un *golpe del agro contra la concentración del capital en la industria que el gobierno de Perón realizaba por medio del IAPI*. En esa ocasión, *el agro* contaba con el Ejército de la oligarquía. Esto le facilitó la sedición. En verdad, y pese a la poderosa importancia del Ejército en el triunfo del golpe, la que marcó la *ideología oligárquica* del mismo fue la Marina. Hasta tal punto es así que durante una filmación —corría la década del ochenta— llevada a cabo en la casa de Victoria Ocampo en las Barrancas de San Isidro, en *Villa Ocampo*, el asistente de ambientación se le acerca fascinado (no hay nada más exultante para un asistente tal que dar con una *locación* perfecta, con la *locación* “soñada” que el guión del film requiere) a la escenógrafa de la producción y le dice que ha encontrado en la casona, guiado por la generosa *ama de llaves* que permanece en ella como guardiana de la misma, años después de la muerte de Victoria, un último piso, o, más precisamente, un piso abohardillado, donde estaban las que fueron las habitaciones de la servidumbre. La casona había sido construida por el padre de Victoria a comienzos de siglo, y durante esos tiempos la “servidumbre” era muy numerosa. El baño era de dimensiones considerables y tenía un piso de



entramado de madera que había resistido el paso del tiempo. La casona tenía un primer piso destinado a lo social y una cocina en que se preparaba la comida para los banquetes. Un segundo piso privado: los dormitorios para la familia. Y un tercer piso o bohardilla para la servidumbre. Guiada por el *ama de llaves*, que exhibía todo eso con gran orgullo, la escenógrafa buscaba sus locaciones con avidez y profesionalismo. Llegan a la bohardilla, que era muy grande porque la servidumbre, a comienzos de siglo, era numerosa. En determinado momento, el *ama de llaves* abre una puerta, una puerta más, y la escenógrafa se deslumbra ante lo que encuentra: una bellísima y muy grande mesa de madera clara, tallada a los costados, con un lustre satinado. Extasiada por tan hermoso objeto (los escenógrafos aman los objetos con que construirán sus escenografías: desde un reloj hasta una enorme mesa de la oligarquía argentina), la escenógrafa exclama:

—¡Qué hermosa mesa!

El *ama de llaves* se siente halagada. Ella es, ahora, el custodio de esas venerables reliquias. Con un manifiesto, traslúcido orgullo, como si todo hubiera ocurrido ayer, dice:

—Ja, ahí se sentaba el almirante Rojas cuando planeaba, con los suyos, la Revolución Libertadora.

La Libertadora se estructura con la oligarquía agraria en lo económico, el grupo *Sur* en lo cultural y la Marina en lo bélico. No es para sorprender a nadie esta unión entre el almirante Rojas y Victoria Ocampo. También, desde Montevideo, Borges y Bioy escribían su texto *La fiesta del monstruo* que buscaba ser a Perón lo que *El matadero* de Echeverría había sido a Rosas. No importa la efectividad que hayan tenido ambos textos. El de Echeverría se leyó entre los unitarios de Montevideo. Y el de Bioy y Borges entre los antiperonistas de la misma ciu-



CGT tuviera sobre sus afiliados, si la miseria fuera de tal dimensión, habrían existido protestas obreras. Al contrario, cuando cae Perón, según hemos visto, son los obreros, los pobres quienes lo lloran y saben que quedan en manos de sus patrones. Porque era así: *la Libertadora era el triunfo de la patronal*.

En 1956 se publica un pequeño folleto que lleva por nombre *Informe preliminar Prebisch acerca de la situación económica*. El *Informe* dice: “Para poder dar más mercaderías y comodidades a cada habitante no basta con darle más salario. Esto crea la ilusión de poder comprar más cosas, pero cuando vamos a comprarlas nos encontramos que el precio sube por la inflación y al final tenemos menos que antes”. No, falso de toda falsedad. En su obra maestra de 1936, John Maynard Keynes, *que sigue teniendo razón*, escribe: “El argumento (el que acaba de explicitar Prebisch, J. P. F.) consiste sencillamente en que una reducción de los salarios nominales estimulará, *ceteris paribus* (de modo semejante, J. P. F.), la demanda al hacer bajar el precio de los productos acabados, y aumentará, por tanto, la producción y la ocupación hasta el punto en que la baja que los obreros han convenido aceptar en sus salarios nominales quede compensada precisamente por el descenso de la eficiencia marginal del trabajo a medida que se aumenta la producción” (John Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, p. 227. Página exacta en que el libro se me desgajó por no estar cosido como deben estar los libros y ya, en medio de la decadencia irreversible de la cultura de Occidente, podemos olvidarnos de que eso ocurra. El libro no toleró ser leído hasta ese punto y me estalló entre las manos. Así va la cultura). Y Keynes es terminante: “Difiero fundamentalmente de este tipo de análisis” (Keynes, *Ibid.*, p. 228). Nosotros también. *En economía diferimos de todo planteo que proponga como punto de partida la reducción, la baja de los salarios, y adberimos, con total certeza, a todo planteo que tome como punto de partida una reducción, lo más considerable posible, en las superganancias de los propietarios, de los patronos, de las oligarquías de todo tipo, agrícolas, industriales, financieras. Son ellas las que tienen márgenes para hacerlo. Dinero de sobra para comprar alimentos. Ningún sacrificio les reportará una reducción de las ganancias que determine un aumento de los salarios. Es sólo la perversión, la acumulación insaciable de ganancias exorbitantes, el desprecio por el interés del país en el que lucran y de sus ciudadanos con estrecheces económicas, lo que los lleva a defender con uñas y dientes su rentabilidad. Creen que si ellos ganan, gana el país. Que cuanto más ganen ellos más fuerte será el país y, en algún momento, esa ganancia caerá hacia abajo, hacia el lugar de los desposeídos.*

Los restantes ciudadanos padecen la escasez. Se nos dirá que la economía es la ciencia de la escasez. Aunque, ¿habrá alguien tan torpe como para decir eso? Es cierto: podemos definir a la economía como la ciencia de la escasez, pero no para consagrarla, no para hacer de ella un tema teórico. La economía es el proyecto de la eliminación o de la disminución de la escasez. O, sin duda, debería serlo. A las clases propietarias nada les importa la escasez de los necesitados, sino que viven para el crecimiento de su rentabilidad. Nada —la Historia lo ha probado— se puede esperar de su sensibilidad para un país más justo. Su sensibilidad social, su participación en la justicia distributiva del país en el que lucran es inexistente, sólo les interesan sus márgenes de rentabilidad. Llevan en su corazón un libro de ingresos y egresos. Los ingresos tienen que superar —y cuanto más, mejor— a los egresos. Y si entre esos egresos están los salarios, pues entonces: cuanto más bajos, mejor. Cuanto menos se gaste en salarios, más rentabilidad habrá.

TODO PARA LA OLIGARQUÍA GANADERA

Con mil argumentos, las oligarquías de todos los tiempos han intentado justificar esta ideología de acumulación. No hay diálogo. Si lo hay es porque tienen tanto poder interno y externo que hambread al país y gozan de sus fabulosas ganancias. Compran periódicos que los defienden. Periodistas que propagan sus sofismas. Que asimilan sus tierras primero al “campo” y luego a “la patria”. Observemos la facilidad con que se arma este sofisma. Uno, a la patria, la llama *su* tierra. Uno dice: “Amo a mi tierra o amo a mi país”. El folklore ha abusado de esta identificación entre tierra y país. “De la tierra de uno”. O también: “Quiero morir en mi tierra”. O “regresar a mi tierra”. *Pero la tierra no es de uno*. Cuando Atahualpa dice “Las vaquitas son ajenas” está diciendo lo mismo. “Nuestra” tierra es, en todo caso, el lugar en que tenemos las penas. Pero uno no ama a su tierra. No va a morir en su tierra. Y si regresa no regresará a su tierra. *La tierra —identificada con la patria— no es de usted ni es mía ni es de la inmensa mayoría de la gente que vive en ella*. Usted va a morir en la tierra de otro. Si quiere amar algo, no ame a su tierra, porque está amando algo que no le pertenece. Puede amar a su país, en todo caso. *Pero la tierra, como las vacas de Atahualpa, es ajena*. La falacia se viene construyendo desde tiempos inmemoriales. Si la patria es la tierra, la patria es “el campo”. Volveremos sobre esto.

Cuando le cortan la cabeza a Lonardi, Prebisch tiene que hacer sus valijas e irse. Aramburu tenía un buen reemplazante: Eugenio Blanco. Supongo que lo recuerdan: el de “la patria de

nuestros padres y nuestros abuelos”. Aquí está. Ministro de Hacienda de Aramburu, se presenta en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (en el corazón de la economía) y se dispone a exponer el definitivo *plan económico* de la Libertadora. Este *plan* es un *plan ideológico*. La economía “pura” no existe. No es una ciencia que nada tenga que ver con la política. Al contrario, es siempre el resultado de un choque de intereses. O de una guerra. Aquí, es el reflejo de la derrota del peronismo. La revancha de una clase. Y más también: de una burguesía financiera que quiere atarse a los grandes organismos que manejan el dinero en el mundo. El proyecto económico que va a exponer Blanco es el resultado de la derrota peronista de 1955. Ese plan favorecerá a los poderosos y castigará a los derrotados, a los que tuvieron la “osadía” y hasta la “infamia” de apoyar al régimen del tirano. A ellos, les ha llegado el turno de pagar sus culpas. En 1976, en la Cámara Argentina del Cobre, un industrial severamente dijo: “El pueblo se equivocó, ahora que pague”. Como vemos, la economía no es pura, no es una ciencia, es un arma, una bandera, una herramienta de odio de clase, de venganza.

Sigamos a Eugenio Blanco en su exposición. Establece algo para todos indudable, para todos quienes lo escuchan en ese sagrado recinto de una Facultad, la de Economía, a la que están regresando —como a todas las otras— los mejores profesores que muchos alumnos han tenido jamás, pues los que el peronismo puso eran adeptos partidarios, genuflexos, fascistas, tomistas o cualquier otra cosa menos algo que tuviera que ver con la inteligencia, el saber, así, entonces, Blanco puede decir que el golpe del ’55 trae otra vez a la Argentina “el imperio del honor y la dignidad” (Eugenio A. Blanco, *Realidad económica argentina*, Ministerio de Hacienda, Buenos Aires, 1956. Insisto: prestemos oídos a la exposición de Blanco porque es una pieza perfecta del pensamiento oligárquico en lo económico). Fueron, dice, diez años de oscuridad y de silencio. Cuando veamos el cine de la Libertadora veremos que una de sus películas centrales se llamó *Después del silencio*. No hubo silencio. Sólo ocurrió que *otros* —los que jamás habían tomado la palabra— fueron los que hablaron.

Lo primero que tiene que hacer Blanco es atacar el intervencionismo de Estado: “La crisis de 1930 trajo la caída de uno de los primeros gobiernos populares que tuvo el país bajo el auspicio de la Ley Sáenz Peña, iniciándose un período de *intervencionismo estatal que iba a adquirir características totalitarias bajo el régimen depuesto*”. Los golpes de Estado, en la Argentina, hacen magia para no nombrar lo innombrable. Perón era el tirano, su gobierno “el régimen depuesto”. Para Videla, el ERP era “la organización prohibida en primer término”; los Montoneros, “la organización prohibida en segundo término”.

Y ahora, atención, señores: ¿se viene con todo la oligarquía agraria, la principal impulsora y la gran favorecida por el golpe de 1955! Lo digo claro: a Perón lo tiraron para liquidar la supremacía de la industria sobre el campo. Toda la hojarasca sobre la democracia y el autoritarismo fue eso: hojarasca. Si Perón hubiese sido autoritario y dictatorial, pero defendiendo los valores de la oligarquía habría sido Aramburu, y, con él, ningún problema. Si las dictaduras favorecen nuestra rentabilidad, adelante. Así razona y así miente el agro. Dice Blanco: (Durante los gobiernos peronistas) “La producción agropecuaria disminuyó, la industria compensó ese menor ritmo productivo y los servicios del gobierno aumentaron en forma significativa. *Fue así cómo el país empezó a sentir los efectos de la vulnerabilidad exterior, pues constituyendo la producción agropecuaria el elemento fundamental en la creación de divisas, fue imposible mantener el ritmo ascendente de la producción industrial debido a la sangría de reservas monetarias que se hizo cada vez más sensible a medida que dicho proceso avanzaba en su curso*” (Las cursivas me pertenecen). Blanco no se andaba con vueltas. De aquí la importancia de este discurso. En el fragmento que acabamos de citar, el ministro de Hacienda de Aramburu le dice claramente al sector industrial (que, para “el campo”, era “el peronismo”) que el papel hegemónico en la economía tenía que volver a ser del sector agropecuario. ¿Cómo salir del marasmo peronista, se pregunta? Dice: Tratando de crear el factor favorable para el incremento del país que en los momentos actuales no puede ser otro que la producción agropecuaria. Sólo de este modo será posible seguir importando y crear las condiciones aptas para la expansión industrial (...) *Dicho planteamiento implica de modo incuestionable el sostén del agro como elemento principal para la estabilización industrial y su progreso ulterior*” (Siempre, de aquí en adelante incluso, cursivas mías). Pero no alcanza con el agro. Necesitamos algo más: “Resulta evidente la necesidad de completar el esfuerzo nacional con el proveniente del exterior. *La radicación de capitales extranjeros es a este respecto imprescindible para enfrentar la actual situación económica*”. La llegada del capital extranjero siempre funcionó como metáfora de la “entrega del país”. Se sabe: Perón había jurado cortarse un brazo antes de pedir un dólar de afuera. Y cuando, en 1973, lo hace, en la revista *El Descamisado* sale una tapa que dice: “Ya llegan los dólares. ¿Los yanquis nos financian la liberación?”. La pregunta era lúcida y le pegaba fuerte a ese Perón que enfrentaban con tanta dureza. Si durante 18 años un tipo se pasa

dad. Importa que se hayan escrito. Señalar la especificidad de clase que expresaban.

EL INFORME PREBISCH

Un hombre fue presentado como el salvador de la economía del país, que, según decían los propagandistas de la Libertadora, estaba al borde del desastre. Ese hombre fue Raúl Prebisch (1901-1986). Había sido miembro de la comisión signataria del Tratado Roca-Runciman de 1933, el que célebremente fue llamado “estatuto legal del coloniaje”. Tipo inteligente, brillante, llega a ser Presidente de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), que pertenecía a las Naciones Unidas, en tanto uno de sus organismos. El que lo convoca es Lonardi y Prebisch presenta un *Informe* que hoy es célebre. Pero yo no escribo solamente para aquellos que conocen su celebridad y, conociéndola, la constituyen. Imagino, a veces, a jóvenes lectores que ignoran estas cuestiones y a los cuales tomar contacto con ellas va a ayudarlos a entender las de hoy. Prebisch empieza invocando a Avellaneda. Siempre que, en nuestro país, alguien invoca a Avellaneda, ¡tiemblen! Se viene el hambre. Avellaneda fue el que dijo que pagaría nuestras deudas “sobre el hambre y la sed de los argentinos”. Prebisch dice que la situación que él aborda es aún *peor* que la de Avellaneda. Peor que la del ’90 y peor que la de la depresión mundial de fines del veinte e inicios del treinta. Una pregunta: si había tanta miseria, ¿por qué los pobres lloraban la caída de Perón, por qué esas dos indias a las que miró desde la mesa de la oligarquía salteña el sensible Sabato, tenían la cara surcada por el llanto del miedo, de la derrota, de la certeza de la indefensión? Si la miseria era tal, ¿por qué no había huelgas? Por más que el peronismo las hubiera prohibido, por más dominio que la

diciendo pestes contra los yanquis y alentando a los jóvenes en la lucha antiimperialista diciendo que el Che es el mejor de los nuestros y que él, Perón, pudo haber sido “el primer Castro de América”, y apenas sube pide un préstamo a Estados Unidos, la tapa del *Desca* era impecable. Aunque la conducción que estaba detrás de esa tapa no lo fuera. Salvo el que firmaba el editorial: el alevosamente asesinado Dardo Cabo.

Adelante con Blanco: el país ha vendido mucho oro, ya no hay barras en el Banco Central (lo que le permitió, según la versión gorila de la historia, hacer a Perón su distribucionismo “demagógico”; ¿qué habría hecho Robustiano Patrón Costas con esas barras de oro?, ¿que habrían hecho Tamborini-Mosca, “la fórmula de la bosta”?), por lo tanto, “mientras no se ofrezcan al mercado internacional el fruto de las próximas cosechas, que prometen ser muy satisfactorias, (será necesaria) la utilización de los créditos que a breve término suministrará el Fondo Monetario Internacional, que, según es sabido, es uno de los organismos mundiales al que se ha incorporado recientemente la Argentina”. Pero hay todavía obstinados que dicen que el país tiene recursos propios que, fortalecidos por el ahorro interno, le permitirán salir adelante sin recurrir a la ayuda externa. Blanco pierde la paciencia: “Se trata, como es fácil deducir, de un claro razonamiento xenófobo”. Y sigue el aguerrido Ministro de Aramburu, un hombre sin dudas, que no ignora el poder que lo avala: “La Argentina, en los momentos difíciles que ha tenido que enfrentar después de la década del desgobierno dictatorial, ha buscado en la cooperación internacional y en la confianza de los inversores del exterior los complementos indispensables de sustentación de la recuperación, que iniciada en los sectores agropecuarios, por ser los gestadores de divisas que requiere el país, se desparramarán luego a los sectores fabriles que constituyen un todo armónico en la estructura productiva del país”. Mentira, consciente y detestable mentira: el golpe se daba para centrar absolutamente la economía en el sector agropecuario, el único que generaba divisas. “Del agro vivimos, señores. Como siempre hemos vivido. El campo es la patria de nuestros padres y de nuestros abuelos”, habría dicho, si no lo acabara de decir yo, interpretándolo, el señor Blanco, que, con ese apellido, era totalmente el llamado a hambrear a la negrada peronista. Hacía falta un Ministro de Hacienda “Blanco” porque era la hora de blanquificar la Argentina. Basta de negros altivos, de sirvientas delatoras, de obreros que tiraban la carretilla no bien sonaba el timbre del descanso. No, señor; no, negro de mierda, suene o no ese timbre, usted me lleva la carretilla hasta donde la tiene que llevar, y después, recién después, y sólo si el patrón no le indica algo extra para hacer, descansará un rato y volverá al trabajo. Queremos su plusvalía, ¿sabe? Esa palabra marxista, esa palabra que inventó ese judío de mierda, que si a usted se le pasa por la cabeza lo pondremos de una patada en la calle. Total, hambrientos nos sobran. En *La Patagonia rebelde*, una vez que los rebeldes pierden la huelga, los que no son masacrados por la furia homicida del coronel Varela, desfilan ante un comisario que los anota, piadosamente, de puro buenazo que es, para los nuevos empleos de peón. A uno le dice: “Y ahora, si tu patrón te dice que sos un perro, te ponés en cuatro patas y ladrás”.

LA LIBERTADORA Y EL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

Sigue Blanco (y ya nos estamos por librar de su jerga, de su sermón liberal, patronal) y dice (aunque no lo cito textualmente): El Fondo Monetario Internacional y el Eximbank, en especial el primero, pasan a desempeñar el oscuro papel que el Banco Central había jugado durante la década del '30. (Que, para los setembrinos, ha sido otra, la que acaban de liquidar: la de 1945 a 1955.) Oigan esto, no lo pierdan: “Durante el régimen depuesto se hizo alarde de una mejora en las retribuciones a los trabajadores mediante aumentos masivos de salarios que no correspondían a crecimientos correlativos en la productividad. Más pesos y menos bienes fue la realidad de la dictadura. Más pesos con emisión monetaria y menos bienes por el estrangulamiento de la actividad agro-

pecuaria, que, al disponer de menos divisas, dificultó los abastecimientos del exterior y atascó la producción industrial”. ¿Cómo se podría solucionar esto que no parece tener solución posible? ¿Ave llanada otra vez? No, el campo otra vez. Esta patria tiene la tierra. La tierra es próspera. La tierra tiene sus poseedores: la oligarquía terrateniente, ella dará de comer al país y garantizará su crédito. Sólo se trata de volver al campo, señores. Restablecer, ahí, las jerarquías que el peronismo vino a erosionar. Se trata de derogar el Estatuto del Peón. Nunca más se aceptará un libelo como el que el Tirano Depuesto entregó a los peones de campo antes de las elecciones de febrero de 1946. Ese *Decálogo* iba contra el orden que la Patria siempre había tenido. Soliviantaba el orden del campo. Establecía el odio entre patronos y peones obedientes y mansos. “No concorra a ninguna fiesta que inviten los patronos el día 23 (...) Si el patrón de la estancia (como han prometido algunos) cierra la tranquera con candado, prompa el candado o la tranquera o corte el alambrado, y pase a cumplir con la patria! Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro. Si no hay automóviles y camiones, concorra a votar a pie, a caballo o en cualquier otra forma pero no ceda ante nada, desconfíe de toda: toda seguridad será poco”. Entre tanto, esa izquierda de la que aún dicen algunos, más que despistados, bobalicones de alto vuelo, que el peronismo le impidió en el país una revolución o su desarrollo, el de esa izquierda, se expresaba por medio de Rodolfo Ghioldi, Américo (“Norteamérico”) Ghioldi, Nicolás Repetto y el jefe de todos ellos, el de las grandes relaciones con Moscú, el obediente de las directivas de Stalin, Vittorio Codovilla, que escribía en su periódico *Lucha Obrera* y en todos los que manejaba el Partido el siguiente disparate: “Estamos frente al fascismo, no lo olvidemos en ningún momento”. Lo mismo que creían los refinados de Sur.

En *Memoria del Gobierno Provisional de la Revolución Libertadora (1955-1958)*, Presidencia de la Nación, Servicio de Publicaciones, una importante publicación del aramburato, se lee: “Siendo de urgente necesidad restaurar la confianza exterior en las finanzas del país, a fin de evitar el perjudicial aislamiento de la economía argentina”. Bueno, ¿a causa de esto, qué? “A tal efecto, el Decreto N° 7.013/56 dispuso la iniciación de gestiones para obtener el ingreso de la República Argentina al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Logrado el objetivo perseguido y consideradas las condiciones prefijadas por los organismos aludidos, fue dictado el Decreto-ley N° 15.970 del 31 de agosto de 1956, aprobando el ingreso de la República Argentina al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento”.

NACE EL HECHO MALDITO

Mario Rapoport ha manejado impecablemente algunos temas en un ambicioso libro de 1037 páginas: *Historia económica, política y social de la Argentina 1880-2003* (Emecé, Buenos Aires, 2007). Después del '55, los Libertadores definen al suyo como un gobierno “provisional”. Aplastan el levantamiento de Valle (que veremos con detenimiento). Implantan la Ley Marcial. “Se fusiló a treinta y ocho civiles y militares” (Rapoport, *Ibid.*, p. 422). En 1957, convocan a una *Convención constituyente*. Excluyen el artículo 40 y el famoso 14 bis, que prohibía las huelgas. Evita les decía a los ferroviarios cuando los enfrentó:

Evita: –Escuchen bien, compañeros: el que le hace una huelga al peronismo es un carnero de la oligarquía (...) Hacerle una huelga a Perón es no querer trabajar por la patria. ¿Es trabajar para la antipatria! (...) ¿Qué pasa? ¿Se olvidaron ya? ¿Quién les dio todo eso? ¿Se los dio Perón! ¿Y a Perón le hacen una huelga? ¿Qué tendrían si en el '45 hubiera ganado la Unión Democrática? ¿Tendrían menos salarios y ninguna conquista social! ¡Comerían mierda, compañeros! ¡Mierda de la oligarquía!

Obrero: –Eso es cierto, señora. Pero en el '45 ganamos nosotros. ¡Más derecho a reclamar tenemos! De la oligarquía no esperamos nada. Pero de usted y Perón esperamos todo, compañera. Por empezar, algo más que 340 pesos.

Evita: –También Perón y yo esperamos cosas de los peronistas. Ante todo, que no nos hagan huelgas. ¡No hay nada más dañino que el ejemplo equivocado! ¡No queremos huelgas en la Argentina de Perón! ¿Está claro? ¡Nosotros les dimos las leyes, arrinconamos a la oligarquía! ¡Nosotros le metimos miedo, le enseñamos a respetar a los obreros! ¡Y ustedes nos hacen una huelga! ¡Por doscientos pesos de mierda!

Obrero: –Para un obrero doscientos pesos no son una mierda, señora.

Evita: –¡Sí, lo son! ¡Doscientos pesos al lado de toda la política social del peronismo, del amor de Perón por su pueblo... son una mierda! (*Exhortativa. Con enorme autoridad y firmeza:*) ¡Esta huelga tiene que levantarse! Esta es una huelga de la Unión Democrática y del diario *La Prensa*. ¿Qué pasó, se volvieron socialistas los de *La Prensa*? Esta no es una huelga obrera. Responde a intereses de la oligarquía, juega a favor de ellos. (*Durísima:*). Por última vez, compañeros: ¡levanten esta huelga! No digan que no les avisé. Porque si hay que dar leña, ¡vamos a dar leña! Caiga quien caiga y cueste lo que cueste. (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos, Ibid.*, pp. 31/34. Texto del film *Eva Perón*).

En 1957, la Libertadora convoca a una convención constituyente. “La segunda minoría (la primera había sido la de la UCR del Pueblo, aunque superada por los votos en blanco de los peronistas, J. P. F.), expresión del radicalismo frondista, impugnó la Asamblea, convirtiéndose en portavoz del voto en blanco. Por su parte, los partidarios del gobierno, durante la asamblea, rivalizaron entre sí formulando propuestas destinadas a captar al electorado peronista. El objetivo de ‘desperonizar’ al país estaba a punto de fracasar” (Rapoport, *Ibid.*, p. 423). Por fin, luego del pacto entre Perón y Frondizi, éste ganaría las elecciones presidenciales del 23/2/1958 con los votos peronistas.

UCR Intransigente:	4.070.875 votos
UCR Del Pueblo:	2.618.058 votos
Comunistas:	264.746 votos
Socialistas:	147.498 votos
En blanco:	838.243 votos

Si tenemos en cuenta que la mayoría de los votos de Frondizi habían llegado a él por orden de Perón y por medio de la gestión de Cooke y que los votos en blanco eran peronistas, la Libertadora había fracasado: el país seguía siendo peronista. Y durante dieciocho años le impediría organizarse excluyendo al peronismo. Que era, en efecto, el “hecho maldito” que impedía esa organización del empresariado y de los agricultores y los ganaderos. Ahí es donde “prende” la frase de Cooke que señala al Peronismo como el “hecho maldito” del país burgués.

En la próxima entrega nos meteremos con los libros del golpe de 1955 y también con el cine: Martínez Estrada y *¿Qué es esto?*, Mary Main y *La mujer del látigo*, libro que utilizó (ése y ningún otro) Tim Rice (el guionista de la *Evita* de Andrew Lloyd Weber y, sí, de Tim Rice), *ayer fue San Perón* de Mario Amadeo, *El otro rostro del peronismo* de Ernesto Sabato, *La fiesta del monstruo* de Borges y Bioy Casares, *El mito de Eva Duarte* de Américo Ghioldi, *El Libro Negro de la segunda tiranía* y, si llegamos, con los films *Después del silencio* de Lucas Demare y *El Jefe*, guión de David Viñas y realización de Fernando Ayala. Seguiremos, de este modo, con lo emprendido hasta aquí: una tarea *heurística* de búsqueda de las fuentes y una muy delicada *hermenéutica* de las mismas. *Ésta es, para nosotros, la tarea fundamental*. Entenderemos por *hermenéutica* lo que se ha interpretado del *Organon* de Aristóteles. Evitaremos, de este modo, las complicaciones que tiene luego el término en filósofos como Nietzsche, Heidegger o Hans-Georg Gadamer. *Hermenéutica* será, para nosotros, eso que los traductores al latín del tratado de Aristóteles han establecido: *De interpretatione* o, sin más, *hermenéutica*. La disciplina que tiene a su cargo la interpretación de los hechos. Tarea infinita y definitiva si, sobre todo, recordamos la formidable fórmula de Nietzsche: *No hay hechos, hay interpretaciones*.

Colaboradores: Virginia Feinmann, Germán Ferrari.

PRÓXIMO DOMINGO

Ideología del golpe de 1955 (III)

IV Domingo 13 de abril de 2008